

DEMOCRACIA Y DEMAGOGIA, DUALIDAD EXISTENTE

Ricardo JIMÉNEZ MERINO*

SUMARIO: I. *Democracia*. II. *Demagogia*. III. *Conclusión*.

I. DEMOCRACIA

Democracia y demagogia, hermanas gemelas en el devenir histórico, político, social y económico del hombre, son dos nociones teóricas correlativas, ya que donde existe una, no puede dejar de existir la otra. Para aclarar brevemente lo que esto significa, empecemos por describir qué es lo que entendemos por democracia. Así nos encontramos con que es: “el gobierno en que el pueblo ejerce la soberanía”. Juan Jacobo Rousseau en 1762 al escribir su trabajo más significativo, *El contrato social*,¹ al señalar a la democracia, en su parte conducente manifestaba que:

No es bueno que el que promulga las leyes las ejecute, ni que el cuerpo del pueblo distraiga su atención de las miras generales para dirigirla hacia los objetos particulares. Nada es tan peligroso como la influencia de los intereses privados en los negocios públicos, pues hasta el abuso de las leyes por parte del gobierno es menos nocivo que la corrupción del legislador, consecuencia fatal de intereses particulares pues estando el Estado alterado en su sustancia, toda reforma resulta imposible.

Por lo tanto, y conforme a esta premisa: “un pueblo que no abusara jamás del gobierno, no abusaría tampoco de su independencia. Un pueblo que gobernara siempre bien, no tendría necesidad de ser gobernado”.

Así tomando la palabra democracia en su rigurosa acepción, no existirá jamás verdadera democracia, ni ha existido nunca, el filósofo reiteraba que: “es contra el orden natural que el mayor número gobierne y los

* Presidente de Práxis Democrática.

1 Rousseau, Jean Jacques, *El contrato social*, Los Grandes Pensadores Sarde, 1983.

menos sean gobernados. No se puede imaginar que el pueblo viva constantemente reunido para ocuparse de los negocios públicos, siendo fácil corresponder que no podría delegar tal función sin que la forma de administración variase”.

Con frecuencia se escuchan rumores provenientes de todas direcciones acerca del necesario cambio de las estructuras socioeconómicas, jurídicas y políticas en que se desenvuelven los países: se habla de estructuras caducas, obsoletas e inoperantes que impiden el desarrollo integral del hombre, como tal, dentro de la comunidad.

Quizá dichas estructuras son inoperantes, debido a que no hay adecuación entre la realidad social y la ideología de quienes ostentan el poder.

Son precisamente quienes ostentan el poder, quienes ven el peligro de ser alterada su vida, por lo que se encargan de retardar e impedir el progreso humano por medio de la despolitización del pueblo, o forma de mantener a las personas que integran una comunidad alejadas de la realidad, en la ignorancia absoluta de los problemas que los rodean, dándose así una apariencia de legalidad consistente en manifestar que todo marcha bien. La despolitización, nace, pues, del distanciamiento entre poder y pueblo y, principalmente de las clases desposeídas de bienes, que son las que se encuentran más alejadas de la política y de la realidad social.

De forma contraria, puede afirmarse que la politización del individuo significa tener conciencia de los problemas internos y externos, y su interrelación, para buscar, a través de una programación sistemática, soluciones adecuadas. La politización implica que en una sociedad, cada miembro de ella desarrolle un interés vivo y sostenido en todo paso que da tal sociedad. Debido a la politización, el individuo participa en la política intensamente, como preocupación visceral, como honrada inquietud, como cuestionamiento íntimo del sujeto frente a la realidad circundante, o de la realidad circundante frente al sujeto.

Para lograr la politización, lo primero que salta a la vista, es que nadie que pretenda alcanzarla en otros, podrá hacerlo si él, a su vez, no está politizado. Es difícil hablar, hoy en día, de individuos politizados, ya que este compromiso requiere en mucho, compartir en pensamiento y acción, las necesidades de las mayorías, para poder coadyuvar en contra de las injusticias, lo cual se traduce en que un individuo politizado no puede tener intereses establecidos de antemano, que lo beneficien personalmente en detrimento de los demás.

La politización o consecuencia política se hace en relación al tipo de sistema en que vive el individuo; es por ello que los individuos politizados, siempre tratarán de transformarlo para beneficio de la comunidad.

Ahora bien para razonar los conceptos de politización y despolitización es indispensable pensar en el “cordón umbilical” que une a la democracia con la demagogia, es decir, a la ideología, ya que en ésta se basan aquéllos.

Según Marx, las ideologías consisten en un proceso en que “el hombre en sociedad crea un sistema de valores a través de los que trata de captar y de legitimar el mundo que lo rodea”,² o sea que por medio de las ideologías se puede desvirtuar la realidad y tener, por lo tanto, un concepto falso de ésta, ocasionándose así la despolitización del individuo.

Ahora bien, el sistema de valores al que se refiere Marx, se estructura así: “la cultura en general, esto es el derecho, el poder, la religión, la moral, las artes, etcétera, como fenómeno de la superestructura están condicionados a la base económica sobre la que se asientan”.³

De lo anterior se deriva que la realidad será desvirtuada de acuerdo a intereses económicos establecidos de antemano, por lo que puede afirmarse que la despolitización general de un pueblo se debe en gran parte a tales intereses.

Es por ello que se ha dicho que “el hombre cotidiano no trasciende en general de los intereses de su vida privada, su visión y conocimiento de la sociedad como una estructura global en la cual está inserto, es para él desconocida, es actor directo en su trabajo, en la familia y en aquellos grupos primarios en los que se desenvuelve, pero en ámbitos sociales mayores actúa por sustitución”;⁴ tal es el caso de la participación política en general del individuo.

Esta determinada forma de pensar y actuar,

está condicionada por los sistemas de producción; éste se le impone al individuo en tal forma que él encuentra en sí mismo una legitimación de la realidad en la que vive, se justifica a determinado sistema a través de un conjunto estructurado de ideas. Pero estas últimas no son junto de todos los individuos que forman una sociedad, sino sólo de aquellos que por tener el dominio de

2 Sánchez Azcona, Jorge, *Consideraciones críticas sobre la ideología jurídica-política de la reforma educativa en México*, p. 3.

3 *Idem*, p. 2.

4 Sánchez Azcona, Jorge, *Derecho, poder y marxismo*, p. 122.

los medios de producción requieren crear esa estructura ideológica que le dé validez y legitimidad a su posición.⁵

De lo anterior resulta que existe una división en la ideología. Por un lado se encuentra la ideología dominante de los que tienen en sus manos el poder y, por tanto, ocultan la realidad, y por otro, existe la ideología dominada de los desposeídos que son manipulados por los poderosos.

1. *Ideología*

Con respecto a la ideología dominante, puede decirse que:

las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes de cada época, o dicho en otros términos, la clase que ejerce el poder material dominante en la sociedad es, al mismo tiempo, su poder espiritual dominante. La clase que tiene a su disposición los medios para la producción material dispone con ello, al mismo tiempo, de los medios para la producción espiritual, lo que hace que se les sometan, al propio tiempo, por término medio, las ideas de quienes carecen de los medios necesarios para producir espiritualmente.⁶

En este contexto, hay que resaltar que frecuentemente se utilizan medios nada ortodoxos, como es el inventar dos mentiras y conseguir que el pueblo discuta acaloradamente sobre cuál de ellas es verdad, lográndose así una despolitización constante del hombre cotidiano, a quien a la vez “se le hace sentir importante en la legitimación de determinado sistema que le configura un carácter social adecuado a las necesidades sociales y se le obliga a actuar de acuerdo con éste”.

El individuo inconscientemente va actuando conforme a las directrices que se le van dando.⁷

Por otro lado, la ideología dominante justifica como algo moral el tener y acaparar más, debido a ello nace una ambigüedad del concepto riqueza entre quienes todo lo tienen y los oprimidos y explotados. Existe un proceso mental cuyos malabarismos permiten, a la conciencia de cada quien, convertir el término “rico” en una palabra confusa, imprecisa.

“Todo rico se resiste a ser considerado como tal, porque siempre hay arriba otro rico que sí merece —ése sí— el calificativo de rico execrable,

5 Sánchez Azcona, Jorge, *op. cit.*, p. 4.

6 *Idem*, pp. 4 y 5.

7 *Idem*, p. 123.

de rico explotador... De ese recurso —los ricos son los otros— nace la confusión del término y el escamoteo de la culpa”.⁸ De esa manera y con objeto de incrementar sus riquezas los hombres que tienen más despolitizan a los que tienen menos con objeto de explotarlos, de ocultarles la realidad haciéndoles creer que están bien en su miseria y que no deben tratar de salir de ahí. Es por ello que Mills ha dicho que

una sociedad considerada en sus más altos círculos y en sus niveles medios como una red de hábil ilegalidad, no produce hombres con un sentido moral íntimo; una sociedad que es sólo acomodaticia no produce hombres de conciencia. Una sociedad que reduce el significado de la palabra “éxito” al de hacer dinero y que condena al fracaso como el peor de los vicios, elevando el dinero al nivel de valor absoluto, producirá el agente avisado y el negocio dudoso. Bienaventurados los cínicos pues sólo ellos tienen lo necesario para triunfar.⁹

Dentro de esta competencia por tener más se va formando un esquema al que deba apegarse la clase dominada; para ello, diversos sistemas políticos se basan en una estructura autoritaria.

Hombres dóciles, fáciles de manejar, con una aprehensión de consumir, con valores y gustos preestablecidos, que a pesar de que por medio de las ideologías se les hace creer en su libertad, en realidad son conducidos sutilmente para obtener de ellos un total sometimiento al régimen político y económico imperante. Son seres enajenados sin conciencia de esa realidad, pero que la defienden a todo trance; son conservadores, convencionales sumisos, productivos antirreceptivos y a pesar de ello, precisamente como resultado de esa enajenación, se sienten perdidos en cuanto se separan un mínimo de las costumbres y modos de comportamiento que imperan en su sociedad; su meta producir y consumir; por lo tanto, a pesar de ser hombres masas, en realidad son como el personaje de Hesse, lobos esteparios que no tienen ninguna comunicación con sus semejantes, no han sido educados para ello, sino sólo para obtener éxito.

Lo anterior se debe a que para el sistema, “la meta y el mejor negocio es tener a la disposición una masa dócil, que se deje explotar fácilmente

⁸ Leñero, Vicente, “Por el ojo de una aguja: nosotros los ricos”, *Excélsior*, 29 de febrero de 1972, pp. 7 y 8.

⁹ Sánchez Azcona, Jorge, *op. cit.*, pp. 137 y 138.

y, lo que es más importante aún, que se deje convencer de los beneficios que le reporta esta política de enajenación, y que se entregue con placer a la codicia de los monopolios capitalistas”.¹⁰

Es por ello que se va condicionando por parte de los poderosos toda una ideología de la clase dominada consistente en una falsa concepción de la realidad; para ello se va creando el esquema al que debe apegarse el hombre común y corriente, consistente en hacer de él un sujeto consumidor por excelencia. Este es a grandes rasgos dicho esquema: “el modelo industrial de producción”, implica la concentración masiva de los individuos en la ciudad, la monopolización de la producción a través de las grandes empresas que tienen una dirección minoritaria de la que dependen cientos de miles de trabajadores y empleados, los que tienen que homogenizarse en actitudes y expectativas en un grado superlativo para poder trabajar en forma armónica, fácil, fluida, sin alteraciones que se reflejan en la producción. Este sistema va creando por su especialidad, una rígida burocratización, la cual va influyendo en la configuración del carácter de los individuos que laboran en él. Hay un proceso de troquelamiento en la personalidad, en la mentalidad, en los valores, en las normas de estas personas, que tienen que aceptar ese orden normativo o de lo contrario corren el riesgo de ser excluidas o sancionadas. Ello obliga a que el hombre moderno tenga un carácter conservador y temeroso, hay un deseo manifiesto de evitar cualquier actitud nueva que implique un peligro. La actitud del individuo está marcada de por vida por el tipo de empresa en la que se encuentra integrado. Se supone que el empleado o trabajador hará carrera dentro de las instituciones en las cuales presta sus servicios, tanto del gobierno como de la iniciativa privada, pues cada día es menor el campo de trabajo que tiene el profesionista liberal o el pequeño comerciante. Es por lo que el individuo tiene una identificación y un sentido de realización al poder actuar dentro de las normas que la organización le demanda, y cuando su conducta es reconocida como adecuada dentro de este tipo de estructuras laborales, él se siente satisfecho. Cuando el trabajador cumple con los valores que se le imponen es recompensado económica y psicológicamente, con lo cual siente que está cumpliendo con las actividades que le corresponden. Pero esos sistemas de producción obligan para su subsistencia, a que se cumplan varios requisitos. El primero..., es el de la producción en conjunto, alcanzar un alto

10 Montaña Islas, Guillermo, *La corrupción*, p. 24.

grado de desarrollo en el círculo económico, producción consumo, para lograr esto, se requiere igualar los gustos de los miembros de la sociedad para que pueda consumir toda su producción, lo que obliga además a utilizar los sistemas publicitarios, educativos, políticos, religiosos, etcétera, en este proceso de homogeneizar las aspiraciones y las necesidades económicas del público consumidor que forma parte de la sociedad. Las personas sometidas a través de esta evolución de indoctrinamiento, pierden su conciencia moral y su personalidad individual, pero es necesario que el hombre asimile lo más rápidamente posible estas expectativas, estos valores, para que pueda subsistir la sociedad económica, a pesar de las consecuencias, la despersonalización creciente de la persona, la falta de respeto a su integridad y a su intimidad. Se acepta todo lo que ayude y estimule a acrecentar y a fortalecer el sistema de producción. El hombre pierde la posibilidad de desarrollar sus aspectos emocionales, la comunicación con sus semejantes.

“La sociedad industrial actual” está obligando al individuo a que se convierta en una máquina de producción y en un artículo de consumo. Los patrones sociales se nos imponen coactivamente, todo el sistema educacional que estamos teniendo, tiene como principal el logro de una personalidad preferentemente económica; el niño desde su inicio en la escuela primaria es educado con la idea de que puede llegar a ser alguien, lo que quiere decir, hacer dinero. La educación institucional tiende a fortalecer este presupuesto, los programas educativos a todos sus niveles tienen como meta preferente preparar al educando a que pueda desarrollar en las mejores condiciones económicas, el tipo de papel laboral que las estructuras sociales le demandarán cuando se integre a ellas.

Este tipo de ideología va destruyendo la personalidad del ser humano; Fromm nos dice al respecto que el hombre moderno viene a fortalecer su personalidad en el momento en que puede, a través de la remuneración que él ha recibido por su trabajo, comprar, consumir, este es el momento en que afirma su personalidad, en el que logra su máxima plenitud, allí él se realiza. Todos los grandes medios de comunicación nos están insistiendo reiteradamente, en que la máxima aspiración de todo ser humano debe ser comprar más artículos, mejores, más caros, etcétera. El para qué sirven no importa.

El problema principal que se nos presenta dentro de este esquema, al que nos está llevando la estructura socioeconómica, es el de una absoluta

enajenación del individuo. No poder dar la dimensión que le corresponde a sus aspiraciones emocionales, las que se encuentran fuertemente sometidas a esas necesidades económicas ficticias, que crean los sistemas de publicidad y que no son fundamentales para que el ser humano pueda subsistir. El hombre que dedica su máximo de esfuerzo, el mayor desgaste físico y mental para su trabajo, tiene que renunciar al contacto cotidiano con la familia, ya que el tiempo que dedica a su casa más que nada es para recuperar energías, que le permitan seguir aumentando su rendimiento económico. El padre y la madre van perdiendo comunicación entre sí, los hijos que desde temprana edad se ven obligados a ir a la escuela, abandonan la familia en una edad en que es imprescindible la presencia física y la comunicación afectiva con sus padres. Los espectáculos públicos han hecho además que las horas de ocio no se pasen dentro de la casa, sino fuera de ella, e incluso en la presencia física del domicilio, pero con la intromisión de la televisión que viene a romper el mundo íntimo del hogar. Esas horas que se supone que el hombre debe dedicarlas en plenitud a su mujer y a sus hijos, son prostituidas y utilizadas por la infiltración de un adoctrinamiento que viene a fortalecer la ideología del sistema. Se nos insiste a través de estos medios de publicidad en grande, en la necesidad que nos van creando; se nos manipula en tal forma que nos vemos obligados a estar de acuerdo con los intereses y los valores de los comerciantes. Se nos invita a adaptarnos a un mundo falso, en donde la plenitud solamente la logramos por medios artificiales, en donde nos sentimos realmente humanos en el momento en que nuestras fuerzas de trabajo nos reinvierten el máximo de beneficios posibles. Las relaciones entre el hombre y sus semejantes obviamente son relaciones de presencia física, dado que no hay la posibilidad de una comunicación entre entidades enajenadas, con aspiraciones que los obligan a estar siempre en competencia. No es el hecho de estar en una fábrica con miles de trabajadores, es el que no puedo entrar en comunicación real ni con ellos ni conmigo mismo. Hay un miedo tremendo del individuo a tratar de separarse de estos patrones de conducta, pues sabe que inmediatamente las sanciones se le harán sentir, castigos que se van a reflejar en sentimientos de inseguridad, de angustia y de culpabilidad, el sistema no acepta disidentes.¹¹

11 Sánchez Azcona, Jorge, *op. cit.*, pp. 19 y 23.

2. *Ideología dominada*

Sobre este concepto, se puede mencionar que normalmente los pueblos no tienen capacidad para discernir sobre la ambigüedad de este concepto. En general, el sujeto todavía no aprende a pensar con verdadera libertad, es por ello que su incapacidad para la democracia se debe a su correlativa incapacidad crítica, lo que tiene que ver con que el sujeto inventa los hechos en lugar de descubrirlos y estudiarlos; así, el sujeto no reflexiona, lo hace todo por salir del paso y, por tanto, no puede conocer en toda su profundidad la realidad y menos podrá criticarla. Así, el sujeto miente por placer y fantasía, como todos los pueblos imaginativos, pero también para ocultarse y ponerse al abrigo de intrusos, es decir las carencias y apetitos del sujeto, reflejan lo que es y lo que pretende ser.

Parte importante de la ideología del dominado lo constituye todo aquello que se convierte en “prácticas necesarias” para alejar al pueblo de la apreciación de los problemas reales.

Bajo este esquema de ideología dominada, podemos señalar, que es necesario que cada sujeto, deberá conocer y sus gobernantes deberán mostrar la problemática que a cada pueblo corresponda, con propuestas claras y viables de realización, recalcando que la problemática a que haya lugar sólo podrá ser resuelta por la totalidad de la comunidad. Debiéndose tomar las medidas para afrontar en sus bases y responsables a todos de la situación.

Para lograr lo anterior, sólo queda, creemos, trabajar con una actitud consciente, esto es, ser capaces de ser genuinamente humanos y romper con la enajenación general y fomentar en el sujeto el carácter transformador.

El carácter transformador, es el que está identificado con la humanidad, y trasciende, en consecuencia, los límites angostos de su propia sociedad, y él es capaz, a causa de esto, de criticar su sociedad o cualquier otra desde el punto de vista de la razón y la humanidad. No se adhiere a la adoración provincial de la cultura en la que ha nacido, lo cual no es más que un accidente del tiempo y geografía. Es capaz de mirar a su alrededor con los ojos abiertos del que está despierto y encuentra sus propios criterios que le permiten juzgar lo accidental entre lo que no es accidental, en las normas que existen en la raza humana y para ella; como señaló en su oportunidad Marx, “los filósofos han dedicado

bastante tiempo a interpretar al mundo; lo que ahora hay que hacer es transformarlo”.¹² Pero esa transformación debe realizarla el hombre en equipo, ya que “el hombre aislado no piensa ni da ya un paso hacia adelante”, decía Theilard de Chardin, quien afirmaba: “Cuanto más avanza en la vida, tanto más me parece que no cuentan los acontecimientos individuales, sino tan sólo la entrega a algo mayor que nosotros”.¹³

Por lo tanto la actividad del hombre no debe ser individual, sino que por el contrario se debe buscar la politización a nivel colectivo.

Ahora bien, retornando al concepto de democracia (gobierno del pueblo), es decir, los gobernantes son elegidos por el pueblo mediante el voto. Como elemento central de la democracia está la libertad del individuo dentro de las facultades concedidas por la ley para participar activamente en la política del Estado.

Desde el punto de vista jurídico, la democracia significa el gobierno de todos para todos y en beneficio de todos; esta forma de gobierno se manifiesta mediante la voluntad del pueblo, el que tiene la libre oportunidad de emitir su opinión, aunque no es la voluntad de todos la que prevalece, sino la de la mayoría, en virtud de que ésta tiene la fuerza y, por lo antes visto, es lógico que el poder radique en la fuerza.

Entonces el poder del Estado corresponde en la democracia, al pueblo, porque la mayoría de los ciudadanos es la que dirige la política del Estado. Todos los órganos del poder público están o deben estar subordinados a las decisiones populares.

La forma de gobierno democrático se caracteriza, entonces, porque la voluntad y actividad del Estado es formada y ejercida por los mismos que están sometidos a ella; consecuentemente, el pueblo, a quien se dirige el poder del Estado, es al mismo tiempo sujeto de ese poder; la voluntad del pueblo se transforma en la voluntad del Estado. En síntesis, la soberanía como resultado, reside esencial y originalmente en el pueblo.

Puede afirmarse que es la democracia la forma de gobierno mediante la cual se forma una sociedad en la que cada uno de sus miembros, uniéndose a los demás, sigue manteniendo su libertad anterior.

Cabe aclarar que al comentar lo anterior, hemos empleado varias veces la palabra “pueblo” al establecer que es el titular de la democracia, por lo que sería prudente referirnos muy brevemente al concepto de pueblo

12 Sánchez Azcona, Jorge, *op. cit.*, pp. 138 y 139.

13 Vital Kopp, Josef, *Origen y futuro del hombre*, pp. 94 y 95.

y su diferencia con la idea de población, pues frecuentemente estas dos palabras son usadas como sinónimos; así, tenemos lo siguiente:

a) Concepto de pueblo. Se usa este vocablo para designar aquella parte de habitantes que tienen derechos civiles y políticos plenos. La palabra pueblo es un término de contenido estricto, ya que solamente se refiere a aquellas personas que están sujetas a la soberanía, ligadas por el vínculo de ciudadanía, que vive en determinado territorio o fuera de él. Forman entonces un pueblo, exclusivamente aquellos individuos que tengan el carácter de ciudadanos de determinada república, y

b) Concepto de población. Se habla de población cuando se hace referencia al conjunto de seres humanos que viven en el territorio de un Estado, sin tomar en cuenta su nacionalidad; este término es cuantitativo, aritmético. De esta manera podemos afirmar que la población de determinado país está compuesta por todas aquellas personas o sujetos que viven en determinado territorio.

Por lo tanto, este tipo de régimen se caracteriza por la omnipotencia de un congreso o parlamento elegido mediante el sufragio universal, y en consecuencia, por la fuerza del número.

En cuanto al espíritu democrático, es algo más, es la creencia de que racionalmente no hay otra forma de gobierno posible que el democrático, ni prácticamente otra forma deseable. Acepta de una manera absoluta la idea de que sólo el pueblo puede hacer la ley y de que ésta es necesariamente buena, puesto que habiéndose establecido para él, ha sido hecha por él.¹⁴

Muy remotos son en gran parte del mundo, los orígenes del espíritu democrático. Los juristas han contribuido al triunfo de una idea, contra el poder político de una determinada clase. Empero, para ellos la idea democrática era, únicamente, una doctrina política. El sufragio universal ha hecho que de ella surgiera una forma de gobierno. Al organizarse esta forma se comprobó que los gobernantes dependen de los gobernados. Ya no puede ejercerse el poder sino a condición de realizar continuamente las aspiraciones del pueblo.

En consecuencia, toda democracia es necesariamente actuante, pues tiene un ideal que jamás alcanza. Establece como principio el progreso indefinido de la sociedad y une este progreso al desarrollo de la civilización material.¹⁵ Para asegurar el progreso es necesario reformar sin ce-

14 Rougier, *La mystique démocratique*, p. 13.

15 Nitti, *La démocratie*, I, p. 49.

sar el derecho tradicional. La alta clase social puede conformarse con defender y conservar su nicho; en cambio, la democracia inevitablemente debe conquistar y aumentar. De ahí proviene la incesante transformación del derecho bajo la presión de la idea democrática.

La democracia busca su derecho porque está convencida de que al progreso material debe corresponder un progreso moral y social y, si es éste el único idealismo que le queda, debe convenirse en que no carece de belleza.¹⁶

Quizá esta apasionada persecución del progreso provenga de una protesta contra la resignación religiosa. Se trata de un legado de la filosofía del siglo XVIII. La revolución ha creído en el progreso de la humanidad y, en su deseo de favorecer a las generaciones jóvenes, tenía ciertamente la idea de que únicamente los jóvenes ansían el progreso.¹⁷

En el programa político de la democracia moderna figura, en primer lugar, la realización del progreso de la humanidad.¹⁸ Decirse conservador hubiera sido condenarse ante el sufragio universal. Ningún candidato se hubiera atrevido a tomar tal estandarte; antaño, los más moderados se calificaban de progresistas, pero fueron vencidos por quienes se decían radicales. Ejemplo de esto, se dio en Francia, toda vez que el partido de izquierda predomina siempre sobre el de derecha así y a manera de ejemplo, este concepto es una gran ley de la política electoral francesa. El primer artículo del catecismo electoral establece:

“No hay enemigos en la izquierda”.

Este “izquierdismo” de la política francesa, que data, se dice, del gobierno de Julio,¹⁹ siempre ha sido la ley de la democracia. Si es así, débese a que la izquierda representa el progreso, y la derecha la tradición. La marcha de derecha a izquierda es la marcha por el progreso. “MAR-CHAD. La humanidad no vive de una idea”, entonaba Lamartine. Un estilo electoral particular traduce este deseo de “avanzar”, ese miedo a retroceder o estancarse. “El hombre moderno, dice Masaryk, obedece plenamente al progreso... creer en el progreso significa creer que el presente vale más que el pasado; que el futuro será mejor que el presente. El evolucionista es un optimista”.²⁰

16 De Tocqueville considera democrática la idea de la perfectibilidad indefinida del hombre.

17 Vallier, *Le fondement du droit successoral*, tesis, París, 1902, p. 269.

18 *Ibidem*.

19 Tribaudet, *Les idées politiques de la France*, p. 20; Fournol, Manuel de, *Politique française*, 1923, pp. 12, 15, 36.

20 Masaryk, *La démocratie*, p. 43.

Como el presente vale más que el pasado, nunca debe retrocederse. El reaccionario es enemigo de la democracia. En ninguna época se ha estudiado tanto la historia y desdeñado tanto la tradición. Los estudios históricos se han convertido en especulación sobre los hechos pasados; han cesado de ser la lección del derecho vivo.

II. DEMAGOGIA

Parte importante de la temática de esta modesta reflexión, que me permito poner a su consideración, lo constituye la “demagogia”. Ahora bien en cuanto a esta noción, nos encontramos que podría señalársele peyorativamente como: “Política que halaga las pasiones de la plebe”. Bien, en todos los tiempos ha sido y será columna vertebral, es decir, elemento *sine qua non*, por utilizar esta locución latina, de quienes pretenden alcanzar un lucro indebido del alma colectiva de la sociedad, escudados en la democracia y proponiendo la obtención de una sociedad ideal. En este contexto la filosofía también se ha encargado de generar utopías, es decir, sociedades ideales que no existen, pero que arrojan luz sobre el camino a seguir por el hombre, tal como lo plantearon en su oportunidad pensadores universales como Platón, Tomás Moro y otros.

Así se ha podido verificar que en una comunidad hay cierta coincidencia material en su querer, su sentir o su pensar, que hay algo supraindividual social; que hay algo distinto a las voluntades y personalidades aisladas del grupo. Cada uno siente que es miembro de una totalidad y que a ella pertenece, estándole sometido; cada uno siente simpatía hacia los otros miembros de la comunidad. Hay quien afirma que lo único real y verdadero son las voluntades y almas individuales; que

alma colectiva no es más que una expresión abreviada para designar el contenido coincidente de una pluralidad de voluntades individuales; pero no es de modo alguno una voluntad supraindividual, distinta de éstas. Por otra parte, hay la tesis contraria: puesto que los individuales se comportan en masa, bajo una mutua motivación, de modo distinto que en situación de aislamiento, la misma masa o el alma de las masas tiene que ser el sujeto de este comportamiento distinto y coincidente de los individuos en masa, y esa alma colectiva tiene que ser distinta de las almas individuales.

Al respecto Kelsen manifestaba que la conciencia social es en sí una ficción, pero existe en la cabeza de cada uno de los miembros de la sociedad.

Así, nos encontramos que, adjunto al concepto antes vertido, se encuentra “la ley de imitación”. Para Gabriel Tarde, la ley de imitación es la creadora de los grupos sociales, costumbres, hábitos, moda, educación, obediencia; no que en un sociedad sólo haya imitación, pero sí que ésta es un factor decisivo.

Spinoza, filósofo judío, fue el primero en señalar las emociones psíquicas provocadas por las relaciones con los demás seres humanos, o sean el amor, la gratitud, la admiración, los celos, el deseo de poder, el orgullo y la pusilanimidad. Y es aquí, al florecer entre otros “el deseo de poder”, entre quienes pretenden la obtención de sus personales ambiciones, bajo la premisa de un Estado existente democrático, enarbolando programas donde destacan reivindicaciones políticas que no se salen de la vieja y consabida letanía democrática, es decir: sufragio universal, legislación directa, derecho popular, milicia del pueblo y otros. Esto nos lleva a concluir que tales reivindicaciones son un simple eco de partidos populares, cuyos conceptos cuando no están exagerados casi las hacen ver como ideas fantásticas, pero como están dirigidas al sujeto común, éstas despiertan en estos grupos sociales, fundamentos espirituales, morales y liberales y además del burdo abuso que se hace al programa de las palabras “Estado actual”, “sociedad actual”, y de la incomprensión más burda toda vez que manifiestan acerca del Estado, al que dirige sus reivindicaciones.

De ahí que la demagogia, inserta en la democracia directa con su canto a la participación —concepto que sin duda repite cada vez que se habla de democracia, aunque no siempre queda claro si no atiende a las reglas de la democracia plural, representativa, formal, política— sea, en esa participación o inclusión, un simple mito. La participación sin formas democráticas, es decir, con demagogia, es un mito. O, para decirlo en forma más clara, la participación sin formas democráticas tales como: libre intercambio de ideas y de información, concertación de proyectos, negociación de intereses, confrontación pluralista en los órganos de decisión; exentos estos conceptos de la generación de utopías, como sociedades ideales que no existen, o figuras retóricas que ni siquiera propicia la gestación de una cultura democrática, o sea una cultura tolerante, una cultura

donde el reconocimiento del otro y el derecho del otro a mantener su proyecto dirigente sea respetado, sin promesas o planteamientos inalcanzables.

Quizá lo más grave de la participación de la demagogia en la democracia, es que no sólo convierte a la democracia en un mito, sino que propicia la gestación de una cultura antidemocrática, con perfiles de democracia que obvio no crea las condiciones necesarias para la construcción de sujetos políticos. No existen los sujetos políticos constituidos como tales por el simple hecho de que la sociedad esté dividida en diversas clases, y otras formas de estratificación; los miembros de una sociedad no son sujetos políticos por el mero hecho de existir, por el mero hecho de ocupar determinado lugar en las relaciones de producción; los miembros de una sociedad pueden constituirse como sujetos políticos, pero ese proceso de constitución sólo tiene posibilidad de desplegarse en condiciones democráticas. Porque se trata de una constitución de sujetos que pasa por la dimensión ideológica; es desde la ideología como se constituyen los sujetos políticos como tales.

Una configuración demagógica, es decir, no democrática del orden social conduce a que ese ámbito ideológico, en vez de operar como una matriz de sujetos políticos, funcione para ahogar el proceso de constitución de sujetos políticos. El proceso de democratización permeado de demagogia no se desenvuelve, no surte de manera fluida, de manera suficiente.

III. CONCLUSIÓN

Una verdadera democracia implica que la sociedad es más importante que el Estado, el *demos* por encima de la *cracia*. El gobierno al servicio del pueblo y no arriba de él. Sin embargo, en la práctica el poder de la mayoría se convierte en el gobierno de la minoría y este es el problema que Sartori²¹ ha visto como el fundamental de las democracias modernas, porque lo esencial en ellas es que son representativas. El pueblo delega el poder: de ahí la importancia de las elecciones. Pero las elecciones no resuelven problemas, es decir: deciden quién habrá de resolverlos, dice Sartori, y como ya se han afirmado a nivel universal, cualquiera que sea el origen de clase del grupo que gobierna, una vez en el poder se convierte en la clase gobernante.

21 Sartori, Giovanni, *Teoría de la democracia*, Madrid, Alianza Editorial, 1998, dos tomos.

Los representantes deben ser responsables no sólo ante el electorado sino de sus hechos. “Un gobierno que simplemente cede ante las demandas, que simplemente se entrega, resulta ser altamente irresponsable, resulta ser un gobierno que no está a la altura de sus responsabilidades”.²² El problema central en las democracias modernas, entre otros, entonces, es el de cómo elegir buenos gobernantes y cómo fortalecer las instituciones para que no lleguen los malos gobernantes al poder o para quitarlos de manera pacífica. En términos de Sartori, se trata de establecer normas para el funcionamiento de comités, pues son éstos los que deciden en nombre del pueblo. De lo que se trata es de transitar de un juego de suma cero a uno de suma positiva.

El problema de la democracia no es darle más poder al pueblo, sino obtener más igualdad en los beneficios y menos desigualdad en las pérdidas. Hoy en día importa menos quién tiene el poder y más cómo funciona, qué efectos produce. Cuando hablamos de gobierno popular no pensamos en que el pueblo tenga efectivamente el poder sino en que se satisfagan las necesidades populares.

La democracia contemporánea implica resolver problemas que las antiguas democracias no soñaron jamás. Bobbio²³ señala tres: Primero, aspectos como la inflación, el desempleo, la distribución de la riqueza, etcétera, requieren de conocimientos técnicos o especializados. El ciudadano común y corriente no está suficientemente instruido para resolverlos, de ahí que se hayan fortalecido los gobiernos tecnocráticos. Pero democracia implica participación amplia y tecnocracia reducida. Un segundo problema es que el aparato burocrático es jerárquico del vértice a la base y se opone, por tanto, al sistema democrático. El tercero es el llamado problema de “ingobernabilidad”. Al haber mayor participación hay mayores y más complejas demandas y el aparato burocrático no es capaz de atenderlas todas. Se crea así un “sobrecargo”. La lentitud de los procedimientos hace imposible atender la rapidez de las solicitudes.

Teóricamente se ha manifestado que “la enfermedad” del comunismo lo constituye el socialismo; quizá este concepto de alguna manera lo podríamos aplicar a la temática de este escueto trabajo, es decir: “será la demagogia el cáncer de la democracia...”.

22 *Idem*, pp. 222 y 223.

23 Bobbio, Norberto, *El futuro de la democracia*, México, FCE, 1991, p. 8.

Finalmente, considero oportuno, en estos tiempos en que la democracia está en boca de todos, recordar lo que los filósofos, políticos, clásicos y contemporáneos, han dicho sobre ella. Tal vez eso nos sirva no sólo para clarificar el tema teóricamente sino para analizar los logros y fracasos de la democracia moderna y plantear metas y medios para conseguirla. Quizá también para constatar lo lejos que estamos de ser una verdadera democracia.